

Letanía del color
(Para la pintura de Juan Olivares)

Hay una salpicadura de color violeta que caligrafía sobre el blanco.
Hay una salpicadura de color siena que tatúa la tela con minuciosidad.
Hay una salpicadura de color amarillo limón que siembra de ralladura de limón el mundo, hasta donde alcanza la vista.
Hay una salpicadura de verde esmeralda que otorga la naturaleza de selva a cuanto miro.
Hay una salpicadura de azul índigo que atesta de horizonte lo que abarco.
Hay una salpicadura de óleo negro que enluta el lino con su extremaunción delicada.
Hay una salpicadura de color rosa que no tiene vergüenza de decirse.
Hay una salpicadura de rojo bermellón en que se desangra la salpicadura.
Hay una línea que traza una senda por la que se desplazan en orden las ideas.
Hay una línea que describe el vuelo intachable de un insecto alado.
Hay una línea que bosqueja la trayectoria de una bala perdida.
Hay una línea que perfila el perfil de lo que no tiene perfil.
Hay una línea que caracolea sobre su propia huella hasta petrificarse en su cáscara de caracol.
Hay una línea que delinea su pentagrama y allí inscribe su nota sostenida, que se convierte en cántico.
Hay una línea que se sale del marco y que se marcha por esos mundos de Dios, dispuesta a ser todas sus posibilidades.
Hay una línea transeúnte, una línea paseante, una línea peregrino.
Hay una línea que es un tirabuzón, una cabriola, un rizo de mujer.
Hay una línea que hilvana las túnicas de la oquedad.
Hay una línea que se aparea con otra, que se aparea con otra, que se aparea con otra.
Hay una línea que construye la retícula de un panal de miel.
Hay una línea que zurce, que cose, que fragua.
Hay una línea negra que conduce, que empuja, que capitanea.
Hay una línea negra que es casi una línea gris.
Hay una línea negra que zascandilea, que enreda, que murmura.
Hay una línea negra que no tiene dónde caerse muerta, y que por ello sigue en marcha.
Hay una línea negra que nos tenga en su gloria, a la derecha del Padre.
Hay una línea negra que sirve de frontera entre la vigilia y el sueño.
Hay una línea negra que relampaguea en el cielo plomizo de la tempestad.
Hay una línea negra que es la recta paralela de otra inexistente con la que se cruz en el infinito.
Hay una línea negra que ensortija, que encrespa, que anilla.
Hay una línea negra que se ondula en la resaca de un mar vencido.
Hay una línea negra que corteja a una línea blanca.
Hay una línea blanca que se deja cortejar por una línea negra.
Hay una línea blanca que se entrega a la promiscuidad de los esquemas.
Hay una línea blanca de aluvión, que induce a que la nieve comparezca.
Hay una línea blanca que atropella las normas de las líneas, tan partidarias del orden.
Hay una línea blanca que cartografía el mapa de la pureza.
Hay una línea blanca que zurea en lo alto de una cornisa, en compañía de otras líneas blancas de su misma bandada.
Hay una línea blanca que se deja seducir por una línea verde, casquivanas.

Hay una línea blanca que se deja deshonrar por una línea roja, las muy listas.
Hay una línea blanca encinta de todas las formas, de todos los colores.
Hay color que subraya su condición de color.
Hay color que se entrega a la deglución del color.
Hay color que se derrama en color que se derrama.
Hay color que excava en las entrañas del color.
Hay color que se abandona a la orilla del color.
Hay color en pos de no se sabe qué color.
Hay color de no haberlo: de brillar por su ausencia en color puro.
Hay color de plenitud del color y que nos sana con sólo mirarlo, con sólo pensarlo, con sólo colorarnos.
Hay color en el anverso, en el revés, en la cara y en la espalda de todo lo que adviertes.
Hay color de espinas dolorosas y de crucifixiones.
Hay color de exactitud, color de álgebra, de límites resueltos.
Hay color con ganas de dejar de serlo, con apetito de no ser.
Hay color danzante, color giróvago, color de pirueta.
Hay color que rastrilla la superficie de la realidad.
Hay color que arrastra un aluvión de color en pos de nada en concreto, por el solo gusto de arrastrarlo.
Hay color huracanado, color en torbellino, color en tolvana, color en tempestad, manga de viento.
Hay color que repite, de manera infatigable, todas las letanías del color.
Hay color en el papel, en la tela, en el suelo del estudio, en el aire.
Hay color en nupcias, en esponsales del color: color en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza.
Hay color en armas, color alerta, color soliviantado.
Hay color desentendido de sí mismo.
Hay color en el colmo del color, que es serlos todos sin ser ninguno nunca.
Hay color que amenaza con velarse, con desaparecerse de su esencia.
Hay color camino de su identidad brillante.
Hay color que diserta sobre las aptitudes de todo lo cromático.
Hay color en el iris que nos mira desde el color nuestro como el pan de cada día.
Hay color que se afana por llegar puntual a su trabajo luminoso.
Hay color niño que juega en añiles a la orilla del mar.
Hay color madre que amamanta a los que no lo tienen, madre color de los descoloridos, de los desconcertados, de los desterrados, de los que han perdido la patria.
Hay padre color piadoso de todos los sentados a la derecha del padre, de todos los ladrones, de todos los que estarán mañana en el paraíso.
Hay color de las palabras que pugnan por volverse palabras del color, verbo pintado.
Hay color que se pliega sobre su superficie, sobre su encarnadura, y adquiere corporeidad.
Hay color que se abandona a su destino sin lugar de arribada.
Hay color que encuentra su lugar de arribada en el hecho de no tener destino.
Hay color que electrifica el aire, premonición de su tormenta.
Hay color que imanta el ámbito en que se manifiesta, dorado galvanismo.
Hay color de ascendencia radiactiva, de honduras abisales.
Hay color pobre de él, pobres de nosotros, los más cromados.
Hay color macho, color de testículos todos a punto de reventar.
Hay color de gónadas sutiles femeninas, color de sonrosado ovario.
Hay color de las flores marchitas que no saben su estado.

Hay color de flores embriagadas que no conocen cuanto prodigan.
Hay color de mi ebriedad, que prodiga cuanto no conoce, pero que sabe, que sabe en
color, que sabe en línea negra, que sabe en línea blanca, que sabe en lo que hay.
Hay lo que hay.
Y hay lo que no.
De manera que no vuelvas a decir que no hay un universo dentro del universo.
De manera que no vuelvas a decir que no ves en lo que ves.
De manera que no dejes de rezar esta jaculatoria, esta letanía, esta plegaria.

Carlos Marzal, junio de 2008.